

FG 3171

# Los Contemporáneos

Núm. 783



## La tragedia del Metro

POR

Félix Lorenzo

30  
céntimos

Juicio crítico por Rodolfo Henríquez de Madrid



## CUANDO

vea V. una  
mujer en-  
cantadora,  
de líneas  
correctas,  
de faz en-  
cisadora; que  
huela a ám-  
bar, a jazmín,

a..... DEIDAD, asegure que  
la mujer aquella usa alguno de  
los:

### PRODUCTOS

*Para-Cara*

Crema-Polvos-Jabón

Agua Cutánea

Loción para el pelo

Masaje Facial

Agua de Colonia

Cortés Hermanos. Barcelona.

## UNA SENORA

ofrece comunicar GRATUITAMENTE a todos los  
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-  
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,  
asma, neuralgias y enfermedades nerviosas,  
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-  
rativa, de resultados sorprendentes, que una  
casualidad le hizo conocer.—Curada perso-  
nalmente, así como numerosos enfermos, des-  
pués de usar en vano todos los medicamentos  
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno  
y como deber de conciencia, hace esta indi-  
cación, cuyo propósito puramente humani-  
tario, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-  
se únicamente por escrito a D.<sup>a</sup> CARMEN T.  
GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA.

## SARNA (ROÑA)

Cúrase en diez minutos con el acreditado  
**SULFURETO CABALLERO**

De venta en Farmacias y Droguerías  
y en el Laboratorio del Autor

Asalto, 36, Farmacia.—BARCELONA  
¡Desconfiad de las imitaciones!

## LOS CONTEMPORÁNEOS

La dirección advierte a los señores  
colaboradores espontáneos, que  
agradeciendo mucho la deferencia  
que para esta publicación represen-  
ta el envío de sus originales, no  
mantendrá correspondencia acerca  
de ellos ni publicará otros trabajos  
que los solicitados expresamente.

### PÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES  
GÉNEROS DE PUNTO

Elegancia, Surtido y Economía

12, CAPELLANES, 12

Precio fijo



DIRECTOR: MARIANO GRACIA

REDACTOR-JEFE: RODOLFO VIÑAS



## El periodista...

Félix Lorenzo es el periodista a la vez más viejo y más joven de España. Es periodista de aquellos tiempos gloriosos y románticos en que la pluma se movía impulsada por limpios y altos ideales. Han pasado muchos días y muchos años. Han caído los hombres, las ideas y las cosas; la Prensa de pasión y de lucha se ha

trocado en Prensa de análisis, de examen, de cátedra, y el periodista de *La Justicia*—llama que iluminó los últimos días de los hombres de la Revolución y los primeros de una juventud más egoísta y menos luchadora—, es, como en aquellos días, el periodista de espíritu fuerte, romántico, demócrata, que siente la sublime

inquietud del momento, que sueña aún con los ideales de paz, justicia y fraternidad entre los hombres...

Este escritor vibrante, que ha sabido sustraerse a todas las tentaciones del siglo para seguir el camino recto, siente, a veces, la nostalgia de sus viejas compañías—viejas por los años que pasaron y viejas por la edad de sus amigos—, y se considera un poco solo en medio de esta España de hoy, tan frívola o tan profunda, una España sin términos medios, de idiotas o de sabios...

Evoca el pasado y piensa que España no caminó hacia adelante, volvió sobre sus pasos y luego quedó detenida en medio del camino. Una minoría de españoles, realizando un esfuerzo heroico, logró vencer la resistencia del medio, rompió la fuerte atracción de la colectividad y caminó hacia adelante, ¡pero es tan insignificante esta minoría!...

Félix Lorenzo no ha perdido la esperanza, sin embargo. Es un gran optimista. Cree en la eterna juventud... Una vez se le ocurrió preguntarme:

—¿Ve usted bien con esas gafas?...

Me sonreí. A lo mejor creía que mis gafas estaban montadas sobre mis narices caprichosamente.

—Sí; veo con mis gafas... Las llevo para eso precisamente; para ver...

—Es que se han empeñado en que yo necesito unas gafas; creen que no veo... Y casi lo voy creyendo yo...

En efecto, a los pocos días se nos apareció con unas magníficas gafas.

—¿Ve usted?—le preguntamos.

—Aún no; pero me acostumbraré...

He ahí su carácter. Sus ojos, un

poco cansados por treinta años de labor febril, nerviosa y llena de emociones, se resistían a recibir ajenos auxilios; no querían ver a través de los cristales las cosas de la vida...

Fué periodista a los trece años. Ser periodista en aquellos tiempos, era un apostolado. El, que tuvo suerte—nos dice evocando las luchas de otros periodistas que no la tuvieron—, ganó, a poco de ser periodista, 60 pesetas al mes—240 reales—; el director del periódico no cobraba más de 25 duros, 500 reales de vellón.

Yo no sé si algún día se decidirá Félix Lorenzo a escribir sus *Memoorias*. Sería una lástima que no lo hiciera. La España que él ha visto y ha vivido es la más interesante de todas las Españas. La sublime inquietud de aquellos días en que las masas se encrespaban como las olas del Cantábrico al escuchar las palabras de los caudillos de la revolución, merece que una pluma como la de Félix Lorenzo, cortada al modo de aquellas otras que dirigían los movimientos espirituales del país, la traigan a estos tiempos, tan indiferentes e insensibles.

Nosotros vamos a recoger algo de sus recuerdos; una nota de juventud y de color, que dice cómo entre bromas y veras se podrían hacer las cosas más trascendentales...

Eran los últimos días *La Justicia*, el periódico de Salmerón. El ex presidente de la República reunió a todos los redactores — Zozaya, Miralles, Aguilera y Arjona, Manuel Pérez García, Félix Lorenzo y otros—, y les dijo: Se acabó el periódico. Ustedes

son dueños de todo; pueden hacer otro a su gusto.

A los pocos días aparecía *La Vanguardia*. *La Vanguardia* era una Convención. Se reunían los redactores todos los días para cambiar impresiones. Dueños de aquel periódico se consideraban dueños de España y de la tierra. Todos los días, casi, caía un director... ¡Tiranos, no! *La Vanguardia* era un grito de juventud en medio de las calles. La Justicia andaba de cabeza; todos los días el juez y el actuario incoaban un nuevo proceso. Los esbirros caían sobre el periódico denunciado...

¿Cómo se hacía *La Vanguardia*? Un detalle. Todas las noches, Agustín, el ordenanza, había de poner de su bolsillo los dos reales necesarios para el petróleo. Aquella juventud, que repartía llamas de su pensamiento generosamente, no tenía una llama de luz... Los quinqués ardían gracias al buen Agustín...

Cuando los redactores escribían sobre las cosas más trascendentales, en la calle de Lope de Vega, donde estaba la Redacción, sonaba una voz: —¡Serenos, serenos!...—gritaba una señora.

Todos se levantaban como obedeciendo a una consigna y abrían los balcones de par en par.

—¡Serenos, serenos! —exclamaban diez voces a un tiempo...

El sereno, acostumbrado a estas llamadas colectivas, respondía:

—¡Quéééé!...

—Una señora que le llama hace un rato, hombre; hay que ser más galante...

Luego volvían a escribir y a hacer un poco de revolución en cada cuartilla. El papel de *La Vanguardia* costaba cinco duros diarios. Piña, el papelerero, sufría diariamente el asalto de un redactor. La conquista del papel era más difícil que la implantación de la República.

El administrador de *La Vanguardia* era un hombre de recursos. Cuando algunos de los acreedores le sorprendían y le presentaban una factura, contestaba muy seriamente.

—No está el administrador; vuelva mañana a tal hora...

Ni que decir tiene, que "a tal hora" no estaba el administrador en el periódico al día siguiente.

*La Vanguardia* publicaba la lista de la lotería y reseñas de las corridas de toros.

—¿Por qué publican esas cosas?—preguntaban los republicanos viejos a los redactores...

—Porque le molestan mucho a Salmerón...

Era un aspecto de la rebeldía de aquella juventud que sentía veneración por el ilustre repúblico.

Un día la falta de dinero fué tan manifiesta que se decidieron a entregar el periódico a un editor que les había ofrecido su apoyo, *sin cambiar los ideales del periódico*. Aceptaron con dolor. En media hora hicieron la mudanza. La portera, al ver bajar las mesas por el balcón, les preguntó:

—¿Pero qué es ésto?

—Esto es, que nos vamos...

Y se fueron. Y a poco moría aquel periódico que por ser de todos, dejó en todos un profundo dolor; como si

se hubiera muerto con él, algo de cada uno...

Un detalle: Félix Lorenzo acudía todas las madrugadas a Gobernación a recoger informaciones para *La Vanguardia*. La cena la hacía con otro compañero por el camino. Era suculenta: pan y queso. Un día publicó *La Vanguardia* un artículo titulado "El Gran Rufián". El gran rufián era Cánovas. El marqués del Vadillo, que sabía que habían denunciado el periódico, le preguntó:

—¿Cómo va esa *Vanguardia*?

—Como siempre, denunciada...

Luego nació *El Tío Paco*. El fundador dijo un día a unos cuantos periodistas—Carretero (Tomás), Manuel Bueno, Zamacois, Félix Lorenzo—: "hay diez duros para cada redactor. El que quiera, puede escribir; el que no escriba, puede venir a cobrar"... Ni que decir tiene que no iba nadie. El periódico se hacía solo; como casi

todos los periódicos, según Julio Camba.

Solamente había un escritor asiduo; por lo menos, exacto en el envío del original. Este escritor era "El tío Pepe". Sus artículos se publicaban en la primera columna del periódico. ¿Por qué esta preferencia? Porque el tío Pepe era... Pi y Margall.

Un día fué Félix Lorenzo a visitar al maestro.

—¿Está el Sr. Pi y Margall?—preguntó a la criada. Y la criada, con una gran naturalidad, le respondió:

—Pase usted... está en el despacho.

Lo recibió el maestro; hablaron de todo y, después, cariñosamente le dió unos libros dedicados.

He ahí cómo eran los demócratas viejos. Cómo es este demócrata de que hablamos, que aún sueña con que un día llegue la paz a la tierra y todos los hombres sean hermanos...

*Rodolfo Viñas.*

# LA TRAGEDIA DEL METRO

Sr. D. Rodolfo Viñas, Redactor-jefe de LOS CONTEMPORÁNEOS.

En lugar de la novelita que le prometí, querido Viñas, y que, decididamente, no soy capaz de hacer, le envío esas cuartillas que un semiloco me entregó hace tiempo, para que se las publicara en alguna parte. Como él no aspiraba a firmar, nada usurpamos con suscribirlas usted y yo; y cumplimos la voluntad, última acaso, de un pobre hombre que creía en la conve-

nencia de participar sus pensamientos a los otros pobres hombres. Periodista al fin, me parecen superiores a cuantas pueda urdir un literato de buena imaginación las novelas que teje la realidad. Y ésta es una, y de ella podríamos decir lo que decían de sus heroínas los novelistas de nuestra niñez: "pobre, pero honrada". Usted verá si también la encuentra estimable.

Le abraza,

FÉLIX LORENZO

## I

### LAS COSAS

Me sulfuran esos hombres que todo lo quieren resolver a razonamiento limpio; no menos insensatos que esos otros que todo lo arreglan a moji-cones.

Para ellos no existen las aprensiones supersticiosas, y hasta se ríen de los fantasmas.

No han visto, cual yo, un gato en el aire, acostado y dormido en un re-

gazo invisible, ¡y cómo se abatían y enderezaban acompasadamente sus orejas, revelando la presión suavemente acariciadora de una mano de sombra!

¡Pobres hombres! Si se les apaga la luz de súbito cuando están leyendo, o cenando rodeados de la familia, exclaman llenos de cómica convicción:—¡Una avería! Sí, sí, ave-

ría. Tuvieran ojos capaces de atravesar la tiniebla y verían cómo se retuerce de risa el filamento de la lámpara; y si tuviesen un tímpano acostumbrado a impresionarse con las ondas del silencio oirían una alegrísima carcajada que va trepidando a lo largo del flexible hasta verterse en el contador, que palpita entonces aceleradamente, con el ritmo violento de un corazón emocionado.

Todo lo quieren saber y no saben que las cosas tienen un alma diabólicamente burlona, y a veces cruel, y que los hombres vivimos sometidos a ellas como unos infelices y somos víctimas de sus caprichos y sus venganzas. ¡Y qué venganzas tan justas! Porque a nadie se le ocurre tener lástima, por ejemplo, de las suelas de sus botas, que en vano gimen doloridas o rechinan irritadas al verse todo el día en martirio y toda la noche en abandono. ¿Y el reloj? A mí se me han saltado las lágrimas muchas veces viéndole trabajar a todas horas sin descanso. ¡Tan delicado, tan débil! Y tan obediente, y tan discreto. En las noches inclementes, cuando buscamos ansiosos el tibio refugio del lecho, ¡con qué bestial insensibilidad le abandonamos sobre el mármol helado de la mesilla de noche! Y él sigue, tic-tac, tic-tac, vigilante laborioso, arrullándonos, cuidándonos, velando por nosotros, bárbaros egoístas.

¡Pobres hombres! Todo lo quieren saber y no saben por qué cruje la silla cuando se sientan, por qué se para algunas veces el reloj sin causa aparente, por qué se desprende sola la hoja del calendario o se raja, sin mo-

tivo visible, la copa del vino... Todo se lo explican por causas físicas o químicas o filosóficas... Todo se lo explican y no entienden nada los muy desventurados...

¿Mala suerte? ¡Bah! ¿Combinaciones inextricables del acaso? ¡Qué bobada! Todo depende de uno mismo, según ellos. Si me rompe una teja el cráneo, yo tengo la culpa por haber pasado debajo. Si descarrila mi tren, torpeza mía, pues pude tomar otro. ¡Majaderos! ¡Vanidosos! Únicamente les falta atribuirse la lluvia y el viento, y el vómito de los volcanes, y el rayo y el terremoto... ¡Todo a razonamiento limpio! Se atreverían a pensar que depende de su buena conducta, de su juicioso pensamiento o de su esforzada voluntad el giro de los planetas por el espacio... ¡Todo lo quieren saber y no saben nada, los misereros mentecatos!

\* \* \*

¿Me van a decir a mí que no hay días aciagos? ¡Como hay días felices! Días en que lo adverso y lo favorable no vienen alternativamente, sino en rachas sin solución de continuidad.

Pero los días aciagos son más acusados y firmes; tienen una fisonomía inconfundible, inalterable e inexorable. Se manifiestan desde primera hora. Cuando uno abre los ojos al amanecer siente que la atmósfera tiene una gravitación y una densidad de mal agüero. Los ojos, atemorizados querrian refugiarse otra vez en el sueño, y los pulmones rechazan el aire, car-



gado de gérmenes dañinos, y le producen a uno atroz angustia. Yo he aprendido a adivinar o presentir esos días desde el instante en que despierto.

Me tiro de la cama y no encuentro más que una zapatilla. ¿Por qué, si las dejé juntas al acostarme? La otra se la ha llevado el perro para jugar, y me la traen desgarrada y empapada en babas. O se ha ido ella sola y ha pasado la noche revolcándose debajo de los muebles, y la recobro llena de pelusa. Esas zapatillas de fieltro que llamamos "silenciosas" son las más joviales y las más indisciplinadas; son las que más frecuentemente huyen de los pies de la cama. Las antiguas, de terciopelo bordado en sedas de colores, eran más leales y más serias. Unas tuve yo, heredadas de mi padre y bordadas por mi abuela, que jamás me jugaron una mala pasada.

Apenas comienzo a vestirme se desata la serie de contrariedades que ya no ha de interrumpirse en todo el día. Si llamo a la criada, se ha ido a la compra; el grifo del agua caliente se ha obstruido; al afeitarme, me corto; al peinarme, saltan tres púas del peine. Resbalo en las escaleras al bajar y, ya en la calle, no encuentro más que tuertos y viejas gordas. Las viejas gordas me han exasperado siempre. Ya me explicaré después. ¡Ay! ¡Hartos motivos tengo!

Pero lo más temible es la noche de esos días. En tales noches he sentido mil veces que se me iba la razón, de ira o de miedo. Es cuando se revela el alma perversa de las cosas, enemiga del hombre.

Primera dificultad, entrar en casa. La puerta de la calle quiere ser infranqueable muralla y se presenta más hosca, más inhospitalaria que nunca. Todas las puertas de calle, por lo demás, suelen tener ese gesto displaciente que parece decir al transeunte—y más si llueve o hiela—:

—¡Pase usted de largo! ¡Aquí no cabe nadie más!

Los hombres que en alguna ocasión se han visto sin hogar ni abrigo, conocen bien el desdén impasible de las puertas de calle y ese hostil fruncimiento de cejas de las fachadas que tienen todos los balcones cerrados. La casa ocupada, como el portero de librea y el perro bien cuidado, desprecia y hasta odia al peregrino de la vida.

Quiero abrir y no puedo; el ojo de la cerradura hace guiños a la llave; se estira, se encoge, se desvia, se cierra; y cuando logro sorprenderle al fin, rechina maldiciones.

Al subir la escalera, los peldaños huyen bajo mis pies y me hacen caer de bruces. Refunfuño maltrecho, y oigo risitas mal contenidas: son los fantasmas que pueblan la oscuridad.

¿Podré, al fin, respirar tranquilo dentro de mi cuarto? ¡Ni pensar en ello! ¿Cómo encender la luz, si la llave se escapa de entre mis dedos? Inútilmente palpo la pared arrebatado por la impaciencia, con los nervios ya en tensión martirizadora: la llave se burla de mí subiendo, bajando, revoloteando, escondiéndose en el cortinaje. Corro a otra habitación y siento que me tiran violentamente de la ropa: son los picaportes que, al ver-

me pasar desesperado, me atrapan por la manga, por las solapas, por los bolsillos. Rendido, abrumado por el desaliento, me dejo caer en la cama y el colchón me recibe con una sorda, lúgubre vibración metálica, que vagamente me recuerda el tañido de las campanas funerales... Y me sumerjo en un sueño crepuscular que da reposo a mis miembros, pero enciende mi imaginación con un fulgor deslumbrante. ¡Qué bien percibo entonces la sarcástica hostilidad de las cosas familiares! ¡Qué el hombre se crea dueño de sí mismo y dominador de la electricidad cuando el maligno resorte de un conmutador puede burlarse de él y llevarme al paroxismo de la rabia o al abismo del abatimiento!

Estos son los días aciagos en que todo lo malo puede suceder, días en que las cosas se ponen de acuerdo y acometen al hombre en orden de batalla; pero hay, además, los ataques

aislados, la asechanza de cada cosa por sí, y de ahí esos mil menudos incidentes cómicos o dolorosos que los hombres achacamos a nuestra imprevisión; el cigarro que se vuelve disimuladamente en nuestros dedos para que nos llevemos la lumbre a los labios; el cordón del zapato que se rompe precisamente cuando estamos vistiéndonos con más prisa; la cabeza de la cerilla encendida, que se deja caer como desmayada en la palma de nuestra mano... Y tanto, y tanto más que sabríais, pobres hombres, si fuésteis un poco menos vanidosos, y un poco más observadores y desconfiados. ¿Quién mata más gente, los automóviles o los limpiabotas? Os reís, ¿verdad? Es una pregunta grotesca, ¿no? Pues sabed que de cien víctimas de atropello, en días lluviosos, noventa caen bajo las ruedas de los carruajes por ir mirándose las botas recién lustradas para no meterlas en los charcos.

## II

### LA VIEJA GORDA

A las seis y media en punto, sin excusa posible, había de estar en los Cuatro Caminos par resolver un asunto que me importaba más que la misma vida. Y eran las seis y cuarto.

Corrí a la más próxima estación del Metro y bajé las escaleras a sal-

tos. Por primera vez dejé de parar mientes en ese soplo mal intencionado con que nos reciben las galerías del Metro, soplo de muerte, porque, al fin, los hombres no somos más que cerillas encendidas.

—Tengo tiempo— me decía—. Dos

minutos para tomar el tren, diez para llegar, uno para subir a flor de tierra...

Cuando me acerqué a la taquilla estaba tomando billete una vieja gorda, tan gorda y tan vieja como no había visto otra en mi vida.

Ya he dicho que las viejas gordas me inspiran una aversión profunda. Cuando, por desgracia, va una delante de mí por la calle me siento enloquecer. ¡Qué indecente manera de colgar y balancearse las enormes posaderas y los globos medio desinflados de los senos! ¡Qué grasientas argollas de carne en las muñecas y en el pescuezo! ¡Qué lunares de pelo! ¡Qué verrugas! ¡Y cuánta estupidez en sus ojos hinchados y sin brillo! ¡Y pensar que un hombre desventurado, bueno y trabajador tal vez, ha de acompañarles en la mesa y en el lecho, sufrir sus humores y sus caprichos... y olerlas! Esto último es lo más espantoso. Porque una vieja gorda no puede ser por dentro sino un amasijo informe de entrañas en putrefacción que flota en una atmósfera pestilente. Cuando veo una vieja gorda y siento deseos casi irrefrenables de arrojarla al suelo y pisotearla, me contengo al pensar que por nada del mundo sería capaz de apoyar el pie en su vientre.

La gorda del Metro, además de ser gorda y vieja, y la más horrenda criatura que ha hecho Dios, se me había puesto delante para tomar billete y me hacía perder tiempo, cuando yo lo tenía tan estrictamente tasado. ¿Comprendéis mi desesperación?

Llevaba cuatro o cinco paquetes y

no acertaba a abrir el bolsillo. Cuando por fin lo conseguí extraje pausadamente de entre los pliegues hendididos del pañuelo una moneda de plata.

—Aquí se debe traer calderilla—gruñí sin poder contenerme.

Me miró de reojo despectivamente y yo la clavé la mirada con una insolencia que quería ser asesina.

La taquillera miró y remiró la moneda, la palpó, la sonó en el mármol y por fin dijo:

—Esta peseta es falsa.

—Eso nos faltaba—rezongué cambiando ya de color.

El maldito hipopótamo no se inmuto. Vuelta a abrir con mil dificultades el bolsillo, vuelta a rebuscar con sus dedos amorcillados entre los pliegues del sucio pañuelo... ¡y otra peseta!

No pude más. Pedí mi billete con tal gesto que la taquillera me sirvió antes que a la vieja. Si me hace esperar un segundo más, desde allí mismo voy a la cárcel.

Bajé como un rayo, pero en aquel instante sonó un silbato, se cerraron con estrépito las portezuelas y arrancó el tren para los Cuatro Caminos. ¡Y eran las seis y veintitres minutos!

Empecé a pasearme por el andén como una fiera enjaulada. La turbulencia de mis pasiones era tan grande, que milagrosamente no arremetí contra cualquiera. Necesitaba imperiosamente desahogar mis rabias; la rabia de haber perdido el tren y la rabia contra la vieja gorda, durante tantos años acumulada y contenida en mi pecho.

Tardaba en llegar el otro tren. Siempre tardan los trenes cuando se los espera, en el Metro y fuera del Metro. Hay una conjura inexplicable entre hombres y máquinas para desesperar al impaciente. Se me fué pasando el ataque de cólera y empecé a fijarme en lo que me rodeaba. Pero ¡con qué intenso odio y con qué amargo escepticismo!

Hasta entonces no se me había ocurrido pensar que cada hombre elige el medio de locomoción más apropiado a su carácter. Del mismo modo que elige la habitación, la mujer, la ropa...

No es aprensión mía. Todos los que viajan en el Metro son seres siniestros, lo mismo las mujeres que los hombres. Les atrae lo obscuro, lo subterráneo, el olor a humedad, el ambiente de catacumba. Estoy seguro de que en las estadísticas de la Policía hay un número enorme de delincuentes aficionados al Metro.

Después de este descubrimiento yo he presenciado en el Metro verdaderos dramas, pero nadie se ha dado cuenta más que yo. He visto amantes que subían del brazo y mirándose amorosamente y se odiaban al llegar a la próxima estación. He visto madres que sentían la tentación de arrojar a sus hijos por la ventanilla; he visto hombres de apariencia pacífica que a poco de ir en el Metro revelaban claramente por los ojos, por la crispatura de los labios y por la erección del cabello, el ansia de matar. Esta locomoción subterránea se ha hecho para los hombres futuros que no serán más que máquinas o para los hombres pasa-

dos, que no eran sino bestias. Hay que ver a cuántas cosas renuncia un hombre cuando desciende a los subterráneos lóbregos con la idea fija de trasladarse a un punto.

Hallábame distraído con estos pensamientos cuando vi que la vieja gorda bajaba las escaleras dando tumbos. Casi me había olvidado de ella. Tal es la rapidez con que se suceden mis sensaciones cuando estoy enajenado de este modo.

¡Qué odiosa se presentaba a mi vista! Bajaba tanteando los escalones con sus pies de elefante calzados con botas de paño. Le colgaba el vientre, le colgaban las inmundas ubres. Era como una enorme masa de carne pútrida que venía a mi encuentro.

¡Las seis y veinticinco!

Llegó un nuevo tren. Entraba en la estación resoplando como una bestia fatigada. Todos los que esperaban se precipitaron en los coches. Yo, que estaba obsesionado por el monstruo, entré el último. No...; el último, no. Porque apenas había puesto el pie en el vagón cuando sentí que alguien me empujaba. Era la vieja. La vieja gorda. Sudaba, soplabla, gruñía. Nunca pudo ser más repugnante que en aquel momento. Sonó el pito del jefe de estación. Pude ayudarla a entrar. No sólo no lo hice sino que con cierto disimulo, pero no con tanto que no se trasluciese mi odio, la empujé hacia fuera. Se cerraron las puertas súbitamente. Vi que se quedaba enganchada por las faldas. El tren se puso en marcha y la arrastró. Cerré los ojos y por si no era bastante me tapé la cara con las manos.

Ya sabía yo que así habían muerto otras personas en el Metro, enganchadas por las ropas, arrastradas, caídas entre dos vagones, trituradas, machacadas, pulverizadas por las rue-

das. Nunca he experimentado una sensación tan rara, mezcla de alegría y de espanto.

Me había vengado de la vieja gorda, pero ¡pobre vieja!

### III

#### ¡ SOY UN ASESINO !

Ya sabía yo, por haberlo leído algunas veces en los periódicos, que el Metro no perdona y cuán bárbaramente destroza a sus víctimas. Es el alarde feroz del ferrocarril urbano, lindo juguete de la ciudad, que quiere erguirse y agigantarse para que le respeten los grandes trenes que tienen una locomotora de fuego. El Metro mata, descuartiza y aventa los restos.

Veía yo, con los ojos cerrados, los miembros de la vieja gorda esparcidos por el túnel tenebroso. Aquí la cabeza, con el horrible guiño postremo, allá un brazo, a los cien metros una pierna y charcos de sangre y montones de entrañas aplastadas... Las ruedas—pensaba—van tiñendo de rojo los rieles y despidiendo piltrafas a diestro y siniestro.

Sin quitarme las manos de la cara, me atreví a atisbar por entre los dedos. Me pareció que todos los viajeros me miraban, unos ardiendo en cólera vengativa, otros transidos de compasión. ¡Asesino!—me gritaban todos los ojos. Volví a cerrar los

mios, y se me desbordaron de ellos las lágrimas.

Iba a caer de rodillas y a pedir perdón cuando oí una voz tonante:— ¡Cuatro Caminos!—Era la acostumbrada voz del guarda-freno, que aquella vez resonaba en mis oídos como nunca; para mí, la voz de la trompeta del juicio final. Aquel “¡Cuatro Caminos!” quería decir: “¡A la horca!”

—¡A la horca, sí!—exclamé.

En el andén había un guardia civil. No sé por qué, siempre hay un guardia civil en los Cuatro Caminos. Antes de que nadie pudiera delatarme quise delatarme yo mismo. Me fuí derecho al hombre del tricornio y le dije:

—Yo soy el que ha matado a la vieja.

Bien sabe Dios que puse en esta confesión toda mi fuerza de voluntad y toda la disciplina moral, no escasa, que me infundieron mis padres. El guardia me miró con una expresión indefinible, mezcla de sorpresa y de recelo.

—¿Qué dice usted?

—Que yo soy el que ha matado a la vieja, a una vieja gorda que se me había cruzado en la estación del Metro como se me podía haber cruzado en el camino de la vida. Que me prenda usted y me lleve a la horca directamente si es posible.

El guardia tenía una cara de persona bondadosa que no suelen tener los hombres investidos de autoridad. Se resistía a aceptar mi confesión.

—¿Dice usted que ha matado a una vieja?

—Sí, señor. En la estación del Progreso. Puede usted ir allí y verá sus trozos desperdigados por la vía.

Ya no dijo más. Me cogió de un brazo y musitando un leve “Venga usted conmigo” me arrastró fuera del andén.

Caminamos un rato silenciosos. Yo sentía en mi brazo la presión de la garra de la justicia y no me atrevía a levantar los ojos del suelo. Parece mentira, pero en aquel instante no lamentaba ir en derechura a las mazmorras de una cárcel, para mí antecámara de la muerte. Lo que sentía era abandonar para siempre aquella Glorieta de los Cuatro Caminos tan iluminada, tan llena de gentes que traían con la sonrisa en los labios. Para mayor dolor eran días de verbena. Sonaban los organillos por todas partes; olía a aceite frito; los chicos se revolcaban en el arroyo como diciendo: “Puesto que hay verbena tenemos el derecho de estar más sucios que de costumbre”.

Sin que yo me diese cuenta de las calles de mi amargo tránsito llegamos a la Comisaría y me vi en una habi-

tación nublada de humo de tabaco en la cual había un hombre de fiero mirar y barbas hirsutas sentado tras de una de esas mesas viejas, despintadas y carcomidas que la administración española parece haber buscado en el rastro del mundo. Aquel hombre que a mí me pareció terriblemente feroz era el comisario; y el guardia y yo tuvimos con él una breve conversación que no sé si me pareció incongruente porque lo era en realidad o porque los papeles estaban invertidos puesto que a mí no me acusaba nadie y el verdadero comisario parecía yo.

—El señor—dijo el guardia, soltándome y apuntándome con el dedo índice de tal modo que me sentí fusilado por un dedo—, se me ha presentado en la estación de los Cuatro Caminos. Y está confeso de haber matado a una mujer.

—A una vieja gorda—rectifiqué yo apresuradamente. (Declaro que en aquel instante todavía me parecían las viejas gordas unos animales distintos de todos los animales racionales que conozco.)

El comisario no pareció dar mucha importancia ni a las palabras del guardia ni a las mías. O estaba muy entretenido en asuntos de mayor cuantía o no creía que el matar a una vieja gorda fuese delito suficiente para hacerle levantar los ojos. Refunfuñó ligeramente:

—¿Dónde ha sido eso?

—En la estación del Progreso—dijo el guardia.

—¿Y cómo?

Entonces yo hablé. Y conté mi crimen punto por punto sin omitir las

poderosas razones que yo tenía para asesinar fríamente a una mujer como aquella que me había impedido tomar el tren a punto.

Debió de ser mi relato muy interesante y hasta conmovedor porque el comisario tocó un timbre y preguntó al agente que acudió a la llamada:

—¿Qué noticias hay del crimen de la estación del Progreso?

El agente me miró a mí, miró al guardia, miró al comisario, reflexionó un instante y como si todo aquello le hubiera inducido a saber que no sabía nada, dijo:

—No lo sé.

—Está bien—replicó el comisario. Y dirigiéndose al guardia añadió:

—Lléveselo usted.

Otra vez sentí la garra del guardia en mi brazo y otra vez me vi arrastrado a no sabía dónde con el más absoluto abandono de la propia voluntad que he conocido nunca.

Cuando me quise dar cuenta estaba en una mazmorra oscura y húmeda como deben ser las mazmorras, como han sido todas las mazmorras cuya descripción he encontrado yo en mis lecturas más prolongadas y provechosas.

\* \* \*

No sé cuánto tiempo pasé allí. Lo que sé únicamente es que experimenté durante el tiempo que fuese y que desde luego me pareció muy largo, la sensación de un hombre inerte y desmayado de espíritu que se ve entre los fuegos de un defensor y un fiscal. El defensor y el fiscal estaban dentro de mi conciencia. Los dos ha-

blaban apasionadamente y a gritos. Y a veces se contradecían a un tiempo de tal manera que yo sufría una tremenda turbación de espíritu.

El defensor era un hombre que pensaba como yo exactamente. Examinaba mi vida desde sus comienzos hora por hora y dolor por dolor y no encontraba argumento posible para demostrar que el asesinato de una vieja gorda pudiese constituir ni una transgresión de la ley ni un agravio a la humanidad.

El fiscal, en cambio, creía, o aparentaba creer firmemente, que mi víctima era respetable por ser vieja y por ser gorda. No queráis saber lo que decía de la ancianidad; cosas muy bellas, seguramente. Pues en elogio de la obesidad tampoco se quedaba corto. Son flacos—decía—los biliosos, los envidiosos, los fracasados, los consumidos por una torva inquietud. La gordura es señal inequívoca de bondad. El que odia a los gordos, odia lo más noble que existe en la vida. El gordo es amable, sonriente, bondadoso, dispuesto siempre a hacer bien al prójimo. Si el crimen pudiera medirse como se mide un objeto material, matar a un gordo merecería doble pena que matar a un flaco.”

Yo desvariaba aturrido entre esta silenciosa discusión que se mantenía dentro de mí. Tan pronto me colocaba al lado del defensor y cobraba fuerzas para matar otra vez a la vieja gorda como me inclinaba de parte del fiscal y me entraban deseos de suicidarme antes de que me sacrificase la justicia.

\* \* \*

De pronto se abrió la puerta del calabozo y me mandaron salir. Me llevaron otra vez ante el comisario y salí temblando como si me llevaran al patíbulo.

El hombre de los ojos fieros y la barba hirsuta seguía en su silla y leyendo sus papeles.

—¿Cómo? — me preguntaba yo—. ¿Pero no ha pasado un siglo desde que nos vimos por primera vez? ¿Es posible que este hombre no se haya muerto todavía?

No había pasado un siglo. Habían pasado dos horas. Pero nadie sabe los siglos que pasan en dos horas para una imaginación que vuela en la oscuridad.

—¿De qué dice usted que se acusa?—oí que me preguntaban.

—De haber matado a una vieja.

—¿Dónde?

—En la estación del Progreso.

—¿A qué hora?

—A eso de las seis y veinticinco de la tarde.

—¿Cómo?

Volví a relatar mi crimen. Y esta vez con tonos más sombríos, con expresiones más patéticas, saliéndoseme la emoción y el remordimiento por todos los poros de mi cuerpo y de mi alma.

—¡Está usted fresco!—dijo el comisario.

Le miré entre interrogante y estupefacto.

—¡Que está usted fresco!—Volvió a repetir—. Otra vez que se le ocurran tonterías no venga a molestarme

porque le saldrá a usted cara la broma.

Me atreví a implorar una aclaración y el comisario me echó con cajas destempladas.

Fuera del despacho, un guardia se apiadó de mí y me lo explicó todo. La vieja estaba viva, viva y gorda como antes de que la matara yo. Las portezuelas del Metro no le habían hecho más perjuicio que arrancarle un pedazo de la falda. No siempre es capaz el Metro de arrastrar así como así una masa de cien kilos. Todo lo demás había sido una alucinación mía. Una de estas malditas alucinaciones que padecemos los seres noblemente imaginativos. Cualquiera hombre habría sentido la suprema felicidad al verse libre de la cárcel, del garrote y, lo que es peor, del remordimiento. Yo no. Yo me sentí defraudado. Salí de la Comisaría deprimido y entristecido. Me había hecho a la idea del sacrificio y me dolía intensamente volver a ser un hombre como los demás, como todos estos hombres con quienes uno se cruza a diario en la calle y que no han sido capaces de cometer un crimen. En mis dos horas de calabozo había aprendido que para el propio orgullo todos los heroísmos son iguales; que tanto da ofrecer la vida en honor de la Patria como expiar en la horea un delito; que la calificación de los heroísmos corresponde sólo a la sociedad, a una sociedad que se equivoca casi siempre. ¡Y como a mí la sociedad, acertada o equivocada, no me importa!



## IV

### EXPIACIÓN

Pasé mucho tiempo dolorido y avergonzado. ¿De haberme sentido criminal, de no haber matado a una vieja gorda, efectivamente? No lo sé. Todo era confusión en mi espíritu, excepción hecha de un poco de dolor, un poco de despecho, un poco de arrepentimiento y un poco de ira; ira contra las viejas gordas, contra los comisarios, contra los guardias, contra la justicia humana y, acaso, contra la justicia divina que coloca a los hombres en trances de fracaso.

Recuerdo que fué entonces cuando yo caí en la cuenta, sin haberlo leído en parte alguna, porque, además, no sé si alguien lo ha escrito, de que las cosas tienen importancia porque nos hemos acostumbrado a llamarlas de un modo excesivamente dramático. Es decir, con palabras que tienen un sentido dramático, muchas veces tomado a préstamo.

Si en vez de "matar", por ejemplo, dijésemos "eliminar", el "crimen", lo que llamamos "crimen", no existiría casi nunca.

Cualquiera de los animales irracionales que asesinan, y son casi todos, podría emplear el verbo matar si tuviese nuestro lenguaje. Eliminar es cosa de seres en quienes predomina la razón. Se mata por instinto. Se

elimina mediante un raciocinio. Matar es suprimir rápida y bárbaramente; eliminar es simplemente apartar de nuestro camino lo que estorba, lo que perjudica, lo que entristece, lo malo o lo feo.

Pero todas estas reflexiones no me sacaban de aquella sombría abstracción en que yo había caído desde que el comisario dijo al guardia: "¡Llévese usted a este hombre!"; es decir, desde aquel punto en que yo vi que no podía ser un héroe, ni un asesino, ni un mártir, en que yo me sentí para toda la vida irremediamente empleado del ministerio de Instrucción pública.

Cobré horror hasta a la casa en que vivía, porque los mismos muebles me acusaban. Todos ellos eran superiores a mí en no haberse apartado nunca de su papel, por lo menos; en no haber intentado un vuelo audaz hacia la región ideal donde fraternizan los grandes criminales o los supremos eliminadores de la historia.

\* \* \*

La plana de anuncios baratos de un periódico me aconsejó la huida. En uno de los callejones oscuros y solita-

nos que todavía existen en Madrid, lóbregos pasadizos pavimentados con losas en cuyos flancos se yerguen altas filas de casas enmohecidas que se miran eternamente en silencio, se ofrecía una habitación con asistencia a caballero solo.

Allá fui palpitando de ansia por lo desconocido.

Subí una escalera estrecha y húmeda, cuyos peldaños crujían de un modo siniestro bajo la presión del pie; llamé a una puerta después de curiosar un tarjetón pegado en ella, que decía: "Damiana, modista de sombreros." Y me franquearon el paso...

No me lo franquearon del todo. En el hueco de la puerta apareció una masa informe que apenas dejaba pasar entre su contorno y las jambas unos rayos de la luz del interior. Al verme encogido y temeroso, la masa giró sobre su eje invisible y me dejó entrar. Entré y creí morir de angustia. Aquella montaña de carne no era sino mi víctima, la vieja gorda a quien yo había visto, con los ojos de la imaginación, despedazada entre las ruedas del Metro.

—Entre usted—me dijo, sin preguntarme a qué iba.

Entré, o me arrastré hacia adentro como un perro apaleado. Sentía en la nuca un resoplido feroz y el suelo templaba bajo las pisadas del monstruo.

Me invitó a sentarme y se sentó frente a mí.

El tumulto de mis sensaciones, el vaivén de mis ideas me tenían como ciego y sordo para todo lo que no fuese mi vida interior. A todo asentí sin

pestañear. Además, nunca he sido hábil para tratar y contratar con patronas. Atento a investigar los misterios que el resto de los hombres desconoce, apenas sé distinguir entre un mal cocido y una merluza manida. Pago religiosamente mi pensión, sin darme exactamente cuenta de si es cara o barata, y sólo pido que me dejen en paz meditar a solas y que no me mezclen en chismes y enredos de casa de huéspedes.

Cuando estuvimos, según parece, de acuerdo, la vieja gorda me condujo a un gabinetito muy luminoso y muy limpio, y allí me dejó diciéndome:

—Este es su cuarto. Bonito, ¿verdad?, y muy independiente. Vivirá usted en familia.

¡En familia! ¡En familia con ella!

Lo primero que hice fué examinar mi nueva habitación. Era, como he dicho, amable y alegre. Los muebles muy antiguos, sólidos y lustrosos: una cómoda, una mesita con algunas sillas de cuero, dos sillones de venerable damasco amarillo bastante raído y un lecho de caoba cubierto con blanquísima colcha. Las paredes, forradas de papel gris perla con finas rayas verticales y floripondios de un rojo mortecino.

Estaba bien todo aquello para mi gusto. Me recordaba mi primer hogar. El empapelado, especialmente, reverdecía mi niñez.

\* \* \*

Toda habitación nueva requiere dos cosas: la instalación de los útiles que nos ayudan a vivir—¿dónde pondré

el baúl? ¿dónde colocaré, de un modo definitivo, el cepillo de la ropa?—y el acomodamiento del espíritu. Es otra prueba de la inferioridad del hombre. El es quien tiene que adaptarse a los muros y a los muebles. Ellos le esperan impasibles. No son siervos que aguardan las órdenes del amo, sino señores que reciben al visitante desconocido. De él dependerá que la amistad se consolide o que el primer intento de amistad sea el punto de partida de una desavenencia irreductible.

Esas amas de casa nerviosas y amigas de novedades, que a cada paso cambian de sitio los muebles y alteran sin piedad la fisonomía característica de las habitaciones, suelen ser víctimas de rabiosas venganzas. El sofá que llevaba diez años recostado en la misma pared, mirándose en el espejo frontero, se quiebra intencionadamente una pata cuando ve que le quieren trasladar. Y el espejo se suicida tirándose al suelo. En mi casa hubo un piano que no sonaba fuera del gabinetito de mi madre. Un día de recepción le llevaron a la sala y nos puso en ridículo ante los convidados. Gruñía como un cerdo, y hasta hubo un instante en que, arrebatado de cólera, cometió la más grave incorrección. Le habían alzado la tapa, para explotar mejor sus menguadas sonoridades, y se la cerró de repente, como un señor enfadado que se pone el sombrero en pleno sarao. Tuvo hasta el malévolo refinamiento de pillar los dedos a una damisela que, apoyada en él, cantaba el *vorrei morire*.

Ya he dejado entender que mi

adaptación fué rápida, obra de instantes: primero, porque el tono general de mi nueva morada aconsonataba perfectamente con el tono medio de mi espíritu; y luego, porque soy un hombre que ha aprendido a no rebelarse en vano contra la tiranía de las cosas. Nunca, por ejemplo, me dejo caer en un sillón con la tranquilidad y en la certeza de que está obligado y dispuesto a recibirme. Sé demasiado que si él quisiera me pondría en ridículo dejándome caer o cruzaría sus brazos de madera sobre mi pecho y me ahogaría. En este repentino enfurecimiento de los muebles está el secreto, aparentemente inexplicable, de muchas muertes repentinas. ¡Si yo fuera juez!

Tan pronto como me hallé a gusto en mi vivienda, me puse a recapacitar sobre mis aventuras del día. Claro está que a aquella casa me había llevado de la mano la Fatalidad. Porque si no, ¿quién me había impulsado a cambiar de domicilio? ¿Quién me había aconsejado buscar morada en un callejón, siendo yo hombre que ama los espacios libres, las calles anchurosas y arboladas, y pobladas de ruidos familiares que traen un descanso al ánimo acongojado en sus averiguaciones introspectivas?

¿Y no era evidente que había una relación entre mi caída en aquella casa y el remordimiento, o ansia de expiación, que venía minándome sordamente desde la triste tarde del Metro? Millones de veces había yo deseado ofrecer el sacrificio de mi vida a la mujer a quien pude asesinar, y, en general, a todas las viejas gordas

De esta noble preocupación descendí bruscamente a otra harta ruin, si se juzga a primera vista. Me ocurre este a menudo: que hilvano las cosas magnas con las cosas mínimas, y en seguida las mínimas se agigantan y las magnas se empequeñecen. A esto lo llamo yo "jugar a las perspectivas", y me divierte mucho. Este juego artificioso de las perspectivas es uno de los pocos recursos que tiene el hombre para mantenerse en su trono de naipes.

En la puerta había visto un tarjetón que decía: "Damiana, modista de sombreros." ¡Letrero perturbador!

—Esta mujer—pensaba yo—sí puede llamarse Damiana. No hay ninguna razón para atribuir ese nombre a una criatura esbelta, delicada e inteligente. Es corriente que cada cual se llame como debe llamarse. Cuando los padres eligen nombre para sus hijos, es que presienten, sin saberlo, cómo van a ser sus hijos. Se puede llamar Damiana y aun podría llamarse algo peor. Pero me resisto a creer que sea modista de sombreros. Si una modista de sombreros pudiera llamarse Damiana, se cambiaría el nombre. Pero es que una mujer que tiene tal nombre no puede haberse dedicado a tal oficio.

Sin embargo, yo debía admitir la realidad; y con ello se acrecía inmensamente mi piedad por la que pudo ser mi víctima.

A la hora de comer se despejó la incógnita. Damiana era la hija. Damiana, sí, efectivamente; ¡¡pero modista de sombreros!! Hay cosas incomprendibles.

¿Y por qué cuando conocí a Damiana dejó de sonarme su nombre tan ásperamente? Tal vez porque era una joven delgada, pálida, noblemente pensativa. Tenía la nariz demasiado larga, acaso; sus ojos eran pequeños, pero no sin gracia, una gracia melancólica. Me la figuré desde luego confeccionando pacienzudamente sombreros de pensionista; sombreros adornados con terciopelos marchitos y plumas descaecidas, de esas plumas que parecen haberse desprendido por sí solas de un ala tronchada.

Observé durante la comida—¿por qué no sometí aquellos detalles a mi laboratorio interior?—que Damiana corregía cuidadosamente toda infracción del orden que se cometía en la mesa. Sus dedos iban y venían diligentes rectificando la colocación de las copas, las botellas, el salero, si su madre y yo los cambiábamos de sitio.

—Es usted muy ordenada—dije, queriendo explorar su ánimo.

—No—me contestó con mucha viveza—. Hago esto por comodidad. Me gusta saber siempre dónde están las cosas, para encontrarlas a cierraosjos.

—Perdone usted—reliqué, interesado en lo más íntimo—. Perdone usted, pero no basta que coloquemos las cosas en su sitio. Falta que ellas quieran permanecer en él.

—¿Cómo? No comprendo...

—Sí, señorita. Hay noches, pongo por caso, en que las cosas me juegan a mí muy malas pasadas.

Damiana y su madre se miraron con cierta inquietud.

—No lo dude—proseguí, contento de haberlas impresionado, porque im-

presionar a las mujeres es tanto como interesarlas—. La hablo a usted en serio. Con frecuencia, cuando quiero abrir la puerta de la calle, se cierra obstinadamente el ojo de la cerradura; y muchas noches, la llave de la luz se va de entre mis dedos y corretea por la pared...

La muchacha me contempló un rato; luego volvió a mirar a su madre y esta vez vi claramente que flotaba en sus pupilas una interrogación.

La vieja resopló de un modo estruendoso que, según supe luego, era su peculiar expresión de desconfianza.

Damiana habló, por fin, y me dijo suavemente, tiernamente, con un acento tan pálido como el terciopelo que solían manejar sus manos:

—¿Usted bebe?...

Pues, mira, lector: no me irrité. Es verdad que me habían preguntado: “¿Usted bebe?”; pero me lo habían preguntado con una voz muelle, dulce, sedante... No me irrité, no. Al contrario, me sentí lleno de compasión por aquella inocente muchacha incapaz de prevenirse contra la mala fe de las cosas.

Ignoro por qué me entró un deseo irrefrenable de demostrar a Damiana que yo no era un alcohólico alucinado.

Siempre que mis ocupaciones me dejaban, la invitaba a pasear o al teatro, y hasta emprendíamos excursiones a dos o tres horas de Madrid.

Claro está que, por el bien parecer, nos acompañaba su madre, gruñendo y jadeando casi siempre. Comíamos o

merendábamos y yo bebía agua. Me creyeron por fin. ¡Ojalá no me hubieran creído! Entonces empezaron a sospechar que mi cerebro estaba un poco turbio.

Y todo se volvían preguntas capciosas. Hasta inquirían antecedentes de mis antepasados.

—¡Es raro, es raro!—acababan diciendo siempre—. ¿Y esas cosas le ocurren a usted, siempre de noche?

—¿Cómo de noche?— replicaba yo—. Y de día, y a toda luz. Lo que hay es que las cosas esquivan nuestra vigilancia. No es que nos teman, precisamente, sino que gozan más burlándose de nosotros que atacando cara a cara. Son falaces y tienen un alma ondulante y escurridiza.

A veces me entretenía viendo a Damiana trabajar y procuraba ilustrarla con mis observaciones. En ocasiones me atendía; otras, se reía mucho; otras, se me quedaba mirando fija y penetrantemente. Me miraba tanteándome, como quien quiere calcular la profundidad de un río antes de arrojarse.

Este modo de mirar me agradaba; me parecía una señal de inteligencia. Hay quien mira como si estuviera escuchando con los ojos: menos mal, esto revela un espíritu atento. Hay quien mira como si estuviera siempre esperando una orden: desconfiad de estas miradas. Hay quien mira de un modo insignificante; pone los ojos en su interlocutor con la misma expresión que los pone en el sombrero cuando va a alcanzarle de la percha. De esto de las miradas hay mucho que decir, y yo lo diría si me decidie-

se a vivir un poco más. He conocido hombres de esos que se deshacen de gratitud por todo: por un cigarrillo, por un saludo. Son excesivamente agradecidos y excesivamente humildes; tienen la mirada perruna; cuando miran, se los vé mover el rabo.

—¿Por qué — preguntaba yo a Damiana—, siendo inteligente, se ha dedicado usted a modista de sombreros?

—Porque esto da de comer.

—Esa contestación no es inteligente. Hay muchas cosas que dan de comer con más dignidad. Para hacer sombreros de mujer hay que someterse a las más necias extravagancias, a las más perversas coqueterías, a los caprichos más extraviados de la media humanidad más perturbadora. El sombrero femenino engaña a los hombres y trastorna a las mujeres. Observe usted que las mujeres, al cambiar de sombrero cambian inevitablemente de cráneo. No piensa lo mismo una mujer con sombrero azul que con sombrero verde.

Cuando yo decía estas cosas, Damiana no me miraba de ningún modo. Sonreía ligeramente sin levantar

los ojos de su labor, y todo lo más decía.

—¡Qué entiende usted de eso!

¡Cuántas veces me han dicho: “¡Qué entiende usted de eso!” por entender de todo demasiado, y más que nadie!

A veces intervenía la vieja gorda de un modo soez.

—¡Qué empeño tiene usted en calentar los cascos a la chica con sus gansadas! ¿Qué quiere usted? ¿Que las señoras vayan por la calle con el pelo suelto?

Damiana comprendía mi dolor y aplacaba a la furia; pero no dejaba luego de decirme:

—Mamá tiene razón. Usted no vé más que visiones. Hay que mirar las cosas como son.

—¡Como son, como son!—pensaba yo sin decirlo. ¿Sabes tú cómo son las cosas, desventurada? ¡Y te reirías de una mujer salvaje si la vieras cubrirse de plumas la cabeza o adornarse los cabellos con espinas de pescado! ¡Y no sabes que dentro de ti está aullando una mujer cafre que se pone a dar brincos cada vez que añades un adorno a ese sombrero!

#### IV

##### CON EL PIE EN EL ESTRIBO

Simpatizamos y Damiana fué mi mujer. Lo es todavía, y muy pronto será mi viuda. Me he preguntado en mil ocasiones si me casé porque me

gustaba Damiana o porque quería yo ofrendar a su madre el sacrificio de mi libertad.

Sinceramente, no lo sé. Pero mi

vida se ha hecho imposible. He vuelto a odiar a mi suegra y creo que el horror de las viejas gordas me llevaría otra vez al crimen.

Ni me serviría huír de la madre, porque mi mujer y yo somos incompatibles. A cada paso me dice que "ella es una mujer normal", y me lo dice con un tono insultante. Nadie la hará creer que los saleros se vuelcan por propio impulso, para infundirnos el temor de una desgracia, ni que cuando los gatos maúllan en la obscuridad de la noche es porque al-

guna banqueta los persigue a la pata coja o porque las tenacillas del azúcar los tiran de los pelos.

Me insulta, me desprecia, me martiriza.

Ha llegado a decirme que se alegrará de no concebir un hijo por si resulta un guillado como yo...

No puedo ser asesino otra vez. Prefiero arrancarme la vida y escribo estas palabras con el pie en el estribo.

Me obsesiona el Metro. Buscaré la muerte en él, y mi espíritu navegará eternamente por las tinieblas del túnel.

## V

### DESPUÉS...

Escritas las anteriores líneas, he soñado que todo estaba hecho: consumado mi suicidio y sepultados mis restos bajo una lápida que decía con letras de oro:

NUNCA TE OLVIDARÁ DAMIANA

Este letrero es posible. Cierto que Damiana me aborrece, pero por eso mismo: la hipocresía siempre escribe con letras de oro. Es natural que uno busque la mejor moneda cuando quiere sobornar a sus propios remordimientos y, de paso, quedar lucidamente con la sociedad.

Esa, mi etiqueta sepulcral, es posible, pero, además, es posible y hasta seguro todo lo que he visto en sueños. El sueño no nos cierra los ojos de la cara si no para abrirnos los del

espíritu. El sueño es lo único lúcido de nuestra vida mortal.

Gracias a lo que he visto soñando, no me será dolorosa la hora de la muerte. Ya sé que no se sufre.

Cuando vi llegar el tren y me arrojé a la vía, ya había dejado de ser un hombre de carne sangrante y hueso quebradizo. El solo hecho de lanzarme al espacio me convirtió en espíritu invulnerable al dolor. Sentí que pasaban sobre mí las ruedas trepidando y rompiéndome como rompen los niños, ante la indulgente sonrisa de sus padres, un polichinela de serrín. La gente, sin embargo, vociferaba y gemía. Muchas mujeres, tal vez aspirantes a viudas, se acongojaron. Yo me divertía mucho con toda aquella farsa.

Un señor muy agrío, con aspecto de viejo militar, daba gritos coléricos porque mi suicidio le impedía llegar oportunamente a su quehacer. —¡ Si los empleados tuviesen más vigilancia!—decía. Yo le miraba compasivo y reflexionaba: —¡ Así me enfadé yo con la vieja gorda! Este hombre también es capaz de asesinar a cualquiera que le corte el paso.

A todo esto, mi espíritu andaba flotando desorientado por el anchuroso andén, y buscaba la salida sin encontrarla. ¡ Es curioso que uno se desorienta así en la otra vida y que el espíritu padezca tal incapacidad para tomar un ascensor! Al fin, logré escaparme y lo hice con profunda alegría; sobre todo porque el espectáculo de mis miembros desparramados por la vía me causaba demasiada repugnancia, y porque el encorajinado militar me recordaba las peores horas de mi vida.

Lo primero que se me ocurrió fué ir a casa. No lo dudéis. Lo último que pierde el hombre es la querencia. Mucho tiempo después de morir sigue uno yendo a su hogar a las horas en que está reunida la familia y frecuentando la cervecería en el apogeo de la tertulia. Y se divierte uno pellizcando a su viuda o derribando de un manotazo la caña de cerveza que un

amigo va a beber. Y se divierte uno más todavía viendo que la viuda y el amigo atribuyen estos menudos accidentes a la casualidad. ¡ Cosa más cómoda y complaciente que la casualidad!

Cuando entré en casa, Damiana estaba confeccionándose un sombrero de luto: sedas negras, terciopelos negros, plumas negras, unos azabaches, unas gasas... Estaba lívida y macilenta. Sus finos dedos, ora laboraban incansables, ora reposaban inmóviles sobre su obra, como si meditaran.

Entró en la habitación mi suegra y se sentó frente a su hija. Se miraron fijamente y durante un rato pareció que se hablaban en silencio. Luego murmuró la vieja:

—Debía habérmelo figurado. Pero, sobre todo, no hay que decir a nadie que estaba loco...

¡ Ah, si yo hubiera podido reír en voz alta! Porque sentí que me hinchía el regocijo. ¡ Loco! Y antes que loco, borracho. ¡ Estas gentes siempre buscan la explicación más sencilla, y no aciertan jamás. ¡ Todo lo quieren saber y no saben nada!...

\* \* \*

He despertado completamente resuelto.

Esta tarde sin falta...

*Félix Lorenzo*



# COMPañIA TRASATLANTICA

## SERVICIOS DIRECTOS

### Línea a Cuba-Méjico

Servicio mensual saliendo de Bilbao el día 16, de Santander el 19, de Gijón el 20, de Coruña el 21 para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

### Línea a Puerto Rico, Cuba, Venezuela-Colombia y Pacífico

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 10, de Valencia el 11, de Málaga el 13 y de Cádiz el 15, para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, La Guayra, Puerto Oabello, Curacao, Sabanailla, Colón, y por el Canal de Panamá para Guayaquil, Callao, Mollendo, Arica, Iquique, Antofagasta y Valparaíso.

### Línea a Filipinas y puertos de China y Japón

Siete expediciones al año saliendo los buques de Coruña para Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port Said, Suez, Colombo, Singapora, Manila, Hong-Kong, Shanghai, Nagasaki, Kobe y Yokohama.

### Línea a la Argentina

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Coincidiendo con la salida de dicho vapor, llega a Cádiz otro que sale de Bilbao y Santander el día último de cada mes, de Coruña el día 1, de Villagarcía el 2 y de Vigo el 3, con pasaje y carga para la Argentina.

### Línea a New-York, Cuba y Méjico

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 para New-York, Habana y Veracruz.

### Línea a Fernando Póo

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 15 para Valencia, Alicante, Cádiz, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, demás escalas intermedias y Fernando Póo.

Este servicio tiene enlace en Cádiz con otro vapor de la Compañía que admite carga y pasaje de los puertos del Norte y Noroeste de España para todos los de escala de esta línea.

## AVISOS IMPORTANTES

Rebajas a familias y en pasajes de ida y vuelta.—Precios convencionales por camarotes especiales.—Los vapores tienen instalada la telegrafía sin hilos y aparatos para señales submarinas, estando dotados de los más modernos adelantos, tanto para la seguridad de los viajeros como para su confort y agrado.—Todos los vapores tienen médico y Capellán.

Las comodidades y trato de que disfruta el pasaje de tercera, se mantienen a la altura tradicional de la Compañía.

Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el Servicio de Comunicaciones Marítimas.

## SERVICIOS COMBINADOS

Esta Compañía tiene establecida una red de servicios combinados para los principales puertos, servidos por líneas regulares, que le permite admitir pasajeros y carga para:

Liverpool y puertos del Mar Báltico y Mar del Norte.—Zanzíbar, Mozambique y Capetown.—Puertos del Asia Menor, Golfo Pérsico, India, Sumatra, Java y Cochinchina.—Australia y Nueva Zelandia.—Ilo Ilo, Cebú, Port Arthur y Vladivostok.—New Orleans, Savannah, Charleston, Georgetown, Baltimore, Filadelfia, Boston, Quebec y Montreal.—Puertos de América Central y Norte América en el Pacífico, de Panamá a San Francisco de California.—Punta Arenas, Coronel y Valparaíso por el Estrecho de Magallanes.

## SERVICIOS COMERCIALES

La Sección que para estos servicios tiene establecida la Compañía, se encargará del transporte y exhibición en Ultramar de los Muestrarios que le sean entregados a dicho objeto y de la colocación de los artículos, cuya venta, como ensayo, desean hacer los exportadores.

LEA USTED LOS SABADOS

# Alrededor del Mundo



Es la revista ilustrada que más lectura trae y más  
variada información.

PRECIO DEL NÚMERO: \_\_\_\_\_ 40 CÉNTIMOS

Ayuntamiento de Madrid



# ALMORRANAS

internas o externas, grietas, etc. Curación radical infalible con

## POMADA ANEMA-SMITH

Ultimo adelanto de la ciencia médica! ¡Millares de curacio-

nes! Basta un solo tubo. No lo dude usted, 5 pesetas caja. Centros de Especificos, Farmacias, MADRID, Gayoso; E. Durán. BARCELONA, Segalá; Alsina. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta, MURCIA, Seiquer. GRANADA, Ocaña. VIGO, Carrascal. BILBAO, Barandiarán, MALLORCA, "Centro Farmacéutico". HABANA, Sarrá, BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. MANAGUA, Guerrero. CARACAS, Daboín, MANILA, Gaspar, Calle Mendoza, 150, PUERTO RICO, José Combas Peyork. Para convencimientos éxitos remite muestra gratis. Ponsarxer, Apartado 481, Barcelona. Remítese caja certificada contra pesetas 5,50.

# PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con

## CIRCASIANAS, Doctor Brun.

● 82 años de éxito mundial es el mejor remedio! 8 pesetas frasco. Madrid, Gayoso; Valencia, Cuesta; Zaragoza, Jordán; Murcia, Seiquer; Habana, Sarrá; Caracas, Daboín; Managua, Guerrero; Barranquilla, Acosta-Madiedo; Puerto Rico, Combas Peyork.—Mandando 6'50 ptas. sellos a Ponsarxer, Villadomat, 104, Apartado 481, Barcelona, remítese reservadamente certificado

DESCONFIAD DE IMITACIONES



# SOMBREROS

!—: REFORMO !—:

LIMPIO !—: TIÑO

Valverde, 3.

# ESTÓMAGO ENFERMOS

Desahuciados de los médicos, sometidos sin resultado a innumerables tratamientos, no dejéis de probar, aun sólo por vía de ensayo, los **POLVOS DEL DR. JULIUS MERC.** Os curaréis radicalmente. Recétanlo emulsiões médicas. ¡¡Millares de curaciones!! Seis pesetas frasco, MADRID, Gayoso; BARCELONA, Segalá, Viuda Alsina; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; MURCIA, Seiquer; MALLORCA, Centro Farmacéutico. Principales farmacias y Centros de Especificos de España y Américas. Para convencimiento éxito remite muestra gratis, Ponsarxer, Apartado 481, Barcelona.

Frasco certificado, siete pesetas.

# LOS CONTEMPORÁNEOS

Los precios de suscripción a esta Revista, para España, Portugal y América: 15 ptas. año y 7,50 ptas. semestre. Para los demás países de Europa, 25 pesetas año, y 12,50 semestre.

Ayuntamiento de Madrid

# NEUTRÁCIDO E ESPAÑOL

**CURARÁ INTEGRALMENTE**  
su enfermedad de  
**ESTOMAGO HIGADO O INTESTINOS**

DOCTORES españoles y alemanes,  
especialistas, han recomendado con  
vivísimo interés a los más notables  
Profesores de la Facultad de Berlín el  
uso y estudio clínico del *Neutrácido*  
*Español*.

OBTUVO del Eminentísimo Jurado  
Médico, de la Exposición de Higiene  
de 1919 en Madrid, Gran premio  
*Medalla de Oro*.

OBRARÁ usted acertadamente ini-  
ciando hoy mismo su tratamiento con  
este sin igual remedio que vencerá  
rápidamente su padecimiento diges-  
tivo, por grave o antiguo que sea.

**Frasco: 6 pesetas.**

Solicite usted del concesionario exclusivo: D. José Marín Galán,  
Arjona, 4, Sevilla, un notable y lujoso folleto que le será remitido  
gratuitamente, y si no halla usted en su localidad este específico le  
enviará un frasco, certificado, por 6,50 ptas.